



REVIEWS

AFINO GUÉNOVA, EUGENIA. *El idiota superviviente: artes y letras españolas frente a la “muerte del hombre”, 1969–1990*. Madrid: Libertarias, 2003.

Tras un periodo en que los análisis de la llamada transición española fueron casi monopolizados por sociólogos, politólogos y periodistas, una serie de títulos aparecidos en los últimos años ha introducido la perspectiva del análisis cultural. Entre ellos, es llamativo observar una notable uniformidad. Tanto la cercanía temporal de los textos, como el contexto común de sus autores, instalados en las preocupaciones y tendencias de la academia norteamericana y, en concreto, la “institucionalización” de los estudios culturales, han dado lugar a una cierta uniformidad de temáticas, fuentes teóricas e incluso repertorios metafóricos. Dichos textos dan un lugar preferente al “discurso del trauma”, a través de imágenes como el mono de la drogadicción, la herida o la melancolía y, paralelamente, privilegian un discurso psicoanalítico que, en la estela de la Escuela de Frankfurt, se nutre de figuras ubicuas en la esfera académica americana de los últimos años como Slavoj Žižek.

En ese entorno, una de las muchas virtudes de *El idiota superviviente* es ofrecer una perspectiva original y claramente diferenciada, en la que un repertorio teórico no muy común en la academia americana (al menos en los departamentos de español) se pone al servicio de un análisis filosófico que, sin ignorarlo, deja atrás el impulso contextualizador de aquellos textos.

Por diversas razones, las dos influencias teóricas quizá mas importantes del

texto, Kojève y Marcuse, son dos marginados, el primero por un aura estalinista perversamente transformada en anatema neoliberal por la apropiación de Fukuyama, y el segundo por su carácter de icono del “fracaso” del 68, el cual relegó su filosofía “práctica” e inmediatamente política frente a la sofisticación teórica de Deleuze, Foucault, Baudrillard y compañía por un lado y el tono desencantado de otros componentes del grupo de Frankfurt, en particular Adorno, por el otro.

A partir de ellos, Eugenia Afinoguénova ofrece la clarividencia de la distancia. Evita el tono involucrado y pasional del discurso del trauma para instalarse en el rigor del análisis filosófico. Frente a la común obsesión en textos anteriores de ofrecer un diálogo entre desarrollos históricos y culturales, *El idiota superviviente*, se centra en un objeto eminentemente filosófico, la recepción crítica del estructuralismo y pos-estructuralismo en España y, en concreto, de su meticulosa aniquilación de la categoría de sujeto. Frente a dicha aniquilación, los autores analizados propondrían la supervivencia útil de un sujeto residual, antimetafísico y, ante todo, furiosamente celoso de su diferencia individual. Este sería principio de resistencia frente a las agresiones de un entramado de poder y conocimiento que, tras la máscara de una crítica progresista a la categoría de sujeto, no hace sino promover aquel “sujeto unidimensional” dócil al consumo y la inercia política de que hablara Marcuse. En definitiva, “la muerte del hombre” no sería sino otra máscara adoptada por la manipulación del sistema en su necesidad de disfrazarse. Contra ella surge la categoría del “idiota” que la autora toma de Manfred Frank, para quien el término funciona en su sentido etimológico, como “ser humano privado” definido por oposición al espacio público de la *polis*, en una formulación próxima a la que Giorgio Agamben ha popularizado más recientemente a partir de su concepto de “Homo Sacer”.

Es esa defensa a ultranza de la irreductibilidad del espacio privado como principio de resistencia lo que unificaría nombres tan diversos como Manuel Vázquez Montalbán, Eugenio Trías, Fernando Savater, Félix de Azúa, Eduardo Mendoza y el Equipo Crónica, ligados a esferas tan distintas como la filosofía, la novela, el periodismo o las artes visuales.

El primer capítulo del libro aborda la obra de los dos filósofos, Trías y Savater, entre los que Afinoguénova establece una clara continuidad a partir de su simultánea crítica y asimilación metodológica del pos/estructuralismo. En Trías, las formas derridianas se ponen al servicio de un programa positivo y claramente politizado marcado por la estela de Marcuse. La *differánce* del filósofo francés es habitada por el programa y la presencia política de grupos marginados que, a través de un retorno a lo concreto y a la individualidad, sustituyen la mera disolución del sujeto por su proliferación a través del disfraz y la máscara. De modo similar, Savater (en este caso más bien apoyado por Nietzsche) aboga por el retorno a una soledad clásica ejemplificada por Filoctetes, un desplazamiento hacia

lo raro y marginal como principio del contraataque y la constitución de un (anti)-estado de privacidades inexpugnables. Un sujeto “pobre de espíritu” se opondría tanto al vacío pos-estructuralista como a la grandilocuencia moderna del sujeto como pieza constructiva del consenso comunicativo de Habermas.

En el Capítulo 2 la lectura del *Manifiesto subnormal* de Vázquez Montalbán describe el uso de la semiología y la teoría de la comunicación como antídotos contra un estructuralismo convertido en instrumento del status-quo. Se trata ahora de hacer al sujeto subnormal (otra variación de la “unidimensionalidad” de Marcuse) consciente de su condición y, a partir de ahí, capacitarle para la resistencia. Las parodias del lenguaje publicitario o filosófico del manifiesto hacen al lector consciente de su alienación y extrañamiento, le facilitan una distancia analítica tanto frente al mensaje mediático o cultural como frente a sí mismo. La “subnormalidad” autoconsciente se convierte ahora en una postura ética, principio de solidaridad entre seres humanos concretos.

Una estrategia similar es puesta en práctica por el Equipo Crónica en el campo de las artes visuales. La obra artística relega su carácter expresivo tradicional en el que dos subjetividades entran en privilegiada conexión para convertirse en un método de exploración sociológica en el que el desvelamiento de los mecanismos comunicativos tiene como objetivo hacer desaparecer la categoría del “sujeto hablante”, sea este artista o espectador. El elitismo estético es desplazado por el interés que provoca la cultura de masas. El espectador una vez “informado” de sus procesos de percepción se torna autor y está capacitado para iniciar su rebelión.

Para Semprún y Mendoza serán el comunismo de partido y el psicoanálisis los enemigos a batir, los cómplices de ese todo del sistema que se construye sobre la diferencia personal.

El último capítulo, en un epílogo en cierto modo ambiguo, el idiota pierde su dimensión heroica en manos de Azúa quien, según la lectura de Afinoguénova, lleva a cabo una parábola ilustradora de la teoría de la historia de Kojève en su lectura de Hegel. El suicidio en vida del protagonista de la *Historia de un idiota contada por él mismo* es leído nada menos que como la inmersión del amo en el destino del espíritu absoluto frente al destino segundón del esclavo sumido en la muerte estructuralista del sujeto. El rechazo a la razón, la acción y el yo mismo instalarían al idiota en la posición del sabio inerte del Tao como antídoto hegeliano al vacío pos-estructuralista.

El capítulo sobre Azúa abre paso a una conclusión en cuyas cuatro últimas páginas aparece lo que el lector ha estado inevitablemente esperando a lo largo de todo el texto, los problemas y contradicciones de una serie de visiones necesariamente instaladas en la paradoja y que constantemente jueguetean con el valor de shock del absurdo. Las acertadas preguntas finales de la autora hacen echar de menos un desarrollo más prolongado de esos problemas, no sólo en forma de epílogo, sino

integrado a lo largo de todo el análisis. En complicidad con los autores que trabaja, Afinoguénova favorece el tono “activista” de sus propuestas (una vez más en sintonía con la retórica de Marcuse) para relegar el lastre de la duda y el pensamiento paradójico y autocuestionador al modo de Adorno o Derrida. Pero, en definitiva, ese es precisamente su objeto, recuperar un “tono” que parecería enterrado por los excesos pos-estructuralistas.

A lo largo del texto se construye también la sospecha de que ciertas tensiones (y posibilidades de diálogo) entre los diversos autores han sido sacrificadas en interés de la unidad programática. La misma autora admite que, por ejemplo, el Equipo Crónica, a diferencia del resto de los autores, no tiene demasiados problemas para abrazar la extinción del sujeto en términos pos-estructuralistas. Por otro lado, el activismo en la estela comunista de Vázquez Montalbán o Semprún poco tiene que ver con el anarquismo nietzscheano de Savater y los excesos retóricos de éste último o de Trías les sitúan ocasionalmente de lleno dentro de los objetos de crítica y parodia filosófica del autor del Manifiesto subnormal.

Por último, es posible que la máxima virtud del texto, su distanciamiento de la obsesión contextualizadora e historicista, nos prive al mismo tiempo de otro tipo de mirada, quizá más crítica, a los autores abordados. Todos ellos escriben en una atmósfera política marcada por el desencanto y la despolitización radical, los cuales paradójicamente permiten la rápida implementación de una democracia “ejemplar”. El constante coqueteo con el escepticismo radical o con un individualismo sin cortapisas nos permitiría verles no sólo como críticos del sistema sino quizá también como quizá sus involuntarios cómplices. El repliegue en lo individual, el fin de la historia, la “disimulación” de sujetos enmascarados son, casualmente, lugares recurrentes en los discursos de legitimación del poder en la versión neoliberal introducida en España por el Partido Socialista.

No es difícil establecer una analogía entre la suerte de ese mismo Partido y los autores analizados (aún sin pertenecer a aquel) a partir de su viaje del margen al centro. Si bien éstos hacen constante referencia a la necesidad de recuperar la marginación como sujeto político, es difícil ver como ese programa es trazado en términos más pragmáticos. De hecho todos ellos sin excepción están muy lejos de posiciones marginadas y constituyen más bien el centro y canon del mundo cultural de esos años. Todos ellos tienen acceso libre a los periódicos más importantes y sin duda son algunos de los pocos autores con auténtica capacidad de crear opinión. Su ubicuidad en las librerías españolas (y latinoamericanas) así lo atestigua. El símbolo último de ese constante coqueteo con la institucionalización que a menudo critican fue por supuesto la entrada de Semprún en el gobierno socialista. En este sentido la “ejemplaridad” del idiota caracterizado por la autora presenta otra faceta quizá menos estimulante pero igual de necesaria a la hora de caracteri-

zar un periodo extraordinariamente complejo y contradictorio. Es este un diálogo pendiente al que el espléndido libro de Afinoguénova nos convoca.

ALBERTO MEDINA
Boston University

BRITT ARREDONDO, CHRISTOPHER. *Quixotism: The Imaginative Denial of Spain's Loss of Empire*. SUNY P, 2005. 266 pages.

In a bold and much needed revisionist critical move for Hispanism, Christopher Britt Arredondo forcefully argues in *Quixotism: The Imaginative Denial of Spain's Loss of Empire* that Hispanists should eliminate the use of the term “Generation of '98” in order to “clear the ground for an alternative understanding of the literary and intellectual culture of early twentieth-century Spain” (8). With this book Britt Arredondo joins a growing and healthy trend within Hispanism of reformulating Spanish literary history, questioning the premises upon which it has been written to date, and problematizing the notion of “generation” as the favored way of classifying twentieth-century authors. Unlike previous scholars devoted to the study of the so-called “Generation of '98”—Ricardo Gullón and Inman Fox, for example—who were extremely critical of the term put into circulation by Azorín and yet, nevertheless, continued using it as a convenient way of referring to this disparate group of authors preoccupied, if not obsessed, by the decadence of Spain after the final loss of its colonial empire in 1898, Britt Arredondo completely rejects it because “in the form it had been handed down to the present, it reproduces the implicit assumptions concerning Spain's heroic and classical past that motivate the nationalist imperialism professed by Unamuno, Ganivet, Maeztu [and] Ortega” (12). His alternative is to propose the use of a critical category, Quixotism. By reconfiguring the literary terrain at the turn of the century through this category he hopes to “contribute to the modernization of a field of study that remains, to this day, unnecessarily constrained by the memory of its nationalist legacy” (vii). Thus, this study is meant to be a “counternarrative” in the “extranational,” “anti-nationalist” tradition, a tradition that for Britt Arredondo has been marginalized and silenced within Spanish culture and Hispanism, and which includes, among others, Blanco White, Américo Castro, Juan Goytisolo, and Eduardo Subirats” (180–81).

In order to establish the term and the category of Quixotism, he dissolves the “Generation of '98,” regroups several of its members (Ganivet, Unamuno, and Maeztu) into a new set which he links by what he deems to be their nationalist and imperialist thinking as articulated through the “iconographic association of